

LAS RELACIONES ENTRE DOS HERMANOS. CARLOS V Y FERNANDO I

Friedrich Edelmayer
Universidad de Viena

Antes de empezar el presente artículo, hay que insistir que tanto Carlos V como su hermano Fernando I fueron emperadores del Sacro Romano Imperio (abreviado: Sacro Imperio). Los príncipes electores de este sistema feudal en el centro de Europa y en el norte de Italia eligieron en 1519 a Carlos I, rey de los diferentes reinos españoles, como “Rey de Romanos”, lo que significaba que poco después él empezaba a llamarse “electo emperador” Carlos V. En un “verdadero” emperador del Sacro Imperio se convirtió en 1530, cuando el Papa le coronó en Bolonia. El emperador tenía la posibilidad de promover a los príncipes electores la elección de un nuevo “Rey de Romanos”, lo que Carlos V hizo en 1531, argumentando que tenía bastante trabajo no solamente en el Sacro Imperio, sino también en todas las partes de la Monarquía Católica, incluyendo, por supuesto, el Nuevo Mundo. Carlos V propuso entonces, aunque se había organizado una fuerte oposición de algunos príncipes imperiales, a su hermano Fernando I, por entonces rey de Bohemia y de Hungría. Los dos llevaron entre muchos otros los títulos de archiduques de Austria y duques de Borgoña. Cuando Carlos V dejó en 1555 la corona del Sacro Imperio, su hermano se convirtió a partir de 1558 y hasta su muerte en 1564 en el emperador de esta monarquía feudal¹.

Estas cortas explicaciones son necesarias para entender que Carlos V como emperador nunca fue “emperador de Alemania”, como de vez en cuando se puede escuchar, porque “Alemania”, sobre todo la Alemania actual, formaba solamente una parte del Sacro Imperio. Tampoco es posible llamar a Carlos V “emperador Carlos I”, lo que de vez en cuando también sucede. Hasta su fin en el año 1806 tampoco fue este Sacro Imperio un “Sacro Imperio Romano Germánico”, como en la historiografía española muchas veces se llama, mientras historiografías en otras lenguas ya han aceptado esta realidad desde hace mucho tiempo. Como ejemplo vale mencionar al historiador británico Peter H. Wilson, que en 2011 publicó en inglés un libro con el título “The Holy Roman Empire”. En 2020 salió una traducción española del libro bajo el título “El Sacro Imperio Romano Germánico”². Así siguen falsificaciones o mal interpretaciones de la historia del centro de Europa hasta hoy día.

1. LA EXPULSIÓN DE FERNANDO (I) DE CASTILLA

Con esto llegamos a nuestro tema: Vamos a hablar en breve de dos hermanos, que tenían los mismos padres, Juana de Castilla y Felipe de Borgoña-Austria, como rey Felipe I de Castilla. Fuera de sus padres no tenían poco en común: Carlos nació en Gante en los

¹ Cf. Friedrich Edelmayer, “Los súbditos del Sacro Imperio. Visiones castellanas sobre los otros”, en: David González Cruz (ed.), *Pueblos indígenas y extranjeros en la Monarquía Hispánica. La imagen del otro en tiempos de guerra (siglos XVI–XIX)*, Madrid: Sílex, 2011, pp. 21–35, mirad la literatura mencionada en pp. 21–22, nota 2.

² Peter H. Wilson, primera edición 2011, en la segunda edición con el título: *The Holy Roman Empire. A Thousand Years of Europe's History*, London: Allen Lane, 2016. La traducción española salió bajo el título: *El Sacro Imperio Romano Germánico. Mil años de historia de Europa*, Madrid: Desperta ferro ediciones, 2020.

Países Bajos en 1500, le educaron en la corte de su tía Margarita de Austria, viuda del infante Juan de Castilla y Aragón, su lengua “materna” era el francés; Fernando nació en Alcalá de Henares en Castilla en 1503, le educaron después de la muerte de su padre y por causa de la locura provocada-construida de su madre en la corte de su abuelo Fernando II de Aragón, el llamado Rey Católico, su lengua “materna” era el castellano³. Ya por eso salieron muchas discusiones en las cortes diferentes sobre la sucesión en los reinos y señoríos diferentes de los abuelos de los dos chavales, tanto en la corte del abuelo materno, Fernando II, como en la del abuelo paterno, Maximiliano I, Rey de Romanos, y más tarde electo emperador del Sacro Imperio. Maximiliano I quería la sucesión de su nieto Carlos tanto en los reinos y dominios españoles como en los llamados “países hereditarios” de Austria y en el Sacro Imperio, mientras Fernando II de Aragón no lo tenía tan claro. Tampoco tan claro lo vieron diferentes personajes en la Península Ibérica, si interpretamos bien las palabras del cronista Fray Prudencio de Sandoval, que escribió sobre don Fernando: “[...] por el amor que estos reinos le tuvieron, haré aquí una breve relación de su nacimiento y crianza [...]”⁴.

No quiero plagiar demasiado en este artículo a mí mismo, por lo que voy a resumir aquí solamente algunos argumentos, que ya he publicado en obras anteriores⁵. En 1517 Carlos (V) llega a Castilla. Fue en noviembre de 1517 cuando Fernando y Carlos se encontraron por vez primera y Fernando también estaba presente en el momento en que Carlos fue recibido en Valladolid con los más altos honores⁶. Las Cortes se reunieron en esta ciudad a comienzos de 1518 para la proclamación definitiva de Carlos como rey de Castilla. Durante su celebración se hizo evidente que Fernando continuaba siendo un peligro para su hermano. Los procuradores a Cortes reclamaron a su rey que se apresurara a casarse y le exigieron que no permitiera que Fernando abandonara el reino hasta que él mismo no tuviera descendencia masculina. Esta exigencia demuestra que pervivía la esperanza de que en algún momento Fernando pudiese suceder a su hermano, que seguía sin hablar castellano y se rodeaba de extranjeros. Sin embargo, sólo obtuvieron de Carlos respuestas evasivas⁷.

Fernando tuvo que abandonar Valladolid en marzo de 1518. Carlos, que no parecía tener buena opinión de su hermano menor⁸, le asignó una casa en Aranda de Duero. En aquellos días se empezó a considerar abiertamente la posibilidad de enviar a Fernando a los Países Bajos. A juicio de Sandoval, era requerido allí, pero unas palabras añadidas a

³ Alfredo Alvar – con la colaboración de Friedrich Edelmayer (eds.), *Socialización, vida privada y actividad pública de un Emperador del Renacimiento. Fernando I, 1503–1564*, Madrid: Sociedad de Conmemoraciones Culturales, 2004.

⁴ Fray Prudencio de Sandoval, *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V, máximo, fortísimo, Rey Católico de España y de las Indias, Islas y Tierra firme del mar Océano*, 3 vols., editado por Carlos Seco Serrano (Biblioteca de Autores Españoles 80–82) Madrid: Atlas, 1955, vol. 1, p. 65.

⁵ Los siguientes párrafos ya están publicados en Friedrich Edelmayer, “El hermano expulsado: don Fernando”, en: *Torre de los Lujanes. Revista de la Real Sociedad Económica Matritense*, núm. 39, Madrid 1999, pp. 147–161; cf. además Friedrich Edelmayer, “¿Cuántos tronos usurpados? Cuestiones sucesorias en la casa de Austria (1500–1531)”, en: Alfred Kohler (dir.), *Carlos V/Karl V. 1500–2000*. Simposio Internacional, Viena 7–11 de marzo de 2000, Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001, pp. 623–637.

⁶ Sandoval, *Historia*, p. 121.

⁷ *Ibidem*, p. 128.

⁸ “[...] bien poco favorecido de su hermano el rey [...]”; *ibidem*, p. 134.

esta afirmación demuestran sin equívocos que Carlos deseaba la marcha de su hermano de Castilla: el rey alejaba a Fernando para asegurar la situación en los reinos españoles⁹.

En primer lugar, el infante llegó a los Países Bajos, donde tuvo que permanecer durante los años siguientes en la corte de su tía Margarita de Austria. Al morir el emperador Maximiliano en enero de 1519, los príncipes electores del Sacro Imperio eligieron a Carlos V como Rey de Romanos¹⁰. Ya en 1519 podemos considerar a Carlos como el soberano más poderoso de Europa, posiblemente el más poderoso sobre la tierra. Heredó de su abuelo Maximiliano los territorios austriacos, que se unieron a los Países Bajos y a los reinos hispánicos existentes en Europa y en el Nuevo Mundo. Fernando, el hermano expulsado, se encontraba en Bruselas, sin que en sentido estricto tuviera nada más que una prometida, la princesa Ana de Hungría, a la que no conocía. Fernando habría salido de nuevo malparado, de no ser por el peligro de la presencia otomana, que inclinó a Hungría a promover un matrimonio rápido entre Ana y Fernando. Este reino precisaba el auxilio inmediato contra el enemigo. Así se hacían efectivas las cláusulas de un contrato firmado en 1507, que indicaban que el esposo de Ana sería soberano de los territorios austríacos limítrofes con Bohemia y Hungría. Quedaba claro que esto conducía necesariamente a un acuerdo entre los dos hermanos sobre el reparto de la herencia de Maximiliano I. El tratado de Worms de 1521 determinó la soberanía de Fernando sobre los cinco archiducados y ducados austriacos. Sin embargo, era un territorio muy pequeño, es decir, la Baja y la Alta Austria, Estiria, Carintia y una parte de Carniola. El resto de este territorio, así como Gorizia, Trieste, el Tirol y la Austria Ulterior se mantenían según este tratado en manos de Carlos V. Esta reducida estructura territorial no tenía acceso al mar, por lo que su subsistencia económica estaba en entredicho. Fernando planteó, no sin motivo, que de esta manera le iba a resultar difícil poder ayudar de forma efectiva a los húngaros contra el fuerte empuje otomano. Carlos V acabó por dar su brazo a torcer y mediante un nuevo tratado de repartición firmado en febrero de 1522 en Bruselas transfirió a su hermano toda la herencia de Maximiliano I. Carlos sólo conservaba ahora de su herencia paterna el dominio sobre los Países Bajos.

Fernando debe la obtención de la dignidad real a la casualidad dinástica, tan repetida en la historia de la casa de Austria, y al papel de los otomanos. En agosto de 1526 moría sin dejar descendencia Luis II, rey de Bohemia y Hungría, en la batalla de Mohács frente a los turcos. Fernando estaba casado con la hermana del rey húngaro y su hermana María se había quedado viuda de éste, pero no por ello tenía derecho sucesorio alguno sobre ambos reinos, aunque en principio se encontraba en una posición mucho más favorable en la elección real. Y así, en el otoño de 1526 logró su elección como rey de Bohemia. En Hungría también fue elegido rey, pero sólo con un apoyo parcial de los Estados húngaros. Los demás prefirieron dar su apoyo al príncipe de Transilvania. Esto supuso que durante los siguientes 150 años el territorio húngaro quedara dividido entre los otomanos, Transilvania y la casa de Austria.

En cualquier caso, el incremento de las posesiones de Fernando fue notable. En 1516, tras la muerte de su abuelo materno, se vio privado completamente de su herencia, y en 1518 fue desterrado de la Península Ibérica, tal y como sostienen algunos autores. Durante tres años permaneció en los Países Bajos como príncipe sin tierras, pero a partir

⁹ “También para asegurarse de la de acá, convenía tenerle ausente, que no quiere compañía la impacienta codicia de reinar.” *Ibidem*.

¹⁰ Cf. arriba el primer párrafo de este artículo.

de 1521 empezó a recibir los territorios de su abuelo paterno y entre 1526 y 1527 se convirtió en rey de Bohemia y Hungría. En el Sacro Imperio también se pudo observar cómo fue creciendo su poder. Ya en 1521 estaba claro que a Carlos V le sería imposible gobernar solo todas sus posesiones. En el Sacro Imperio se tuvo que enfrentar a problemas parecidos a los que se le estaban planteando en sus reinos hispánicos: constantemente se encontraba con las quejas de los súbditos y de los Estados imperiales, que le reprochaban sus largas ausencias. Esto le llevó en 1524 a designar a su hermano como gobernador en el Sacro Imperio. Después de su coronación imperial en 1530 estuvo en condiciones de presentar a Fernando como candidato para ser elegido Rey de Romanos. La casa de Austria logró imponerse a la resistencia de algunos príncipes electores y en 1531 Fernando fue elegido y coronado Rey. El Rey de Romanos era considerado el sucesor natural en el Sacro Imperio. Por ello, en 1531 estamos no sólo ante la definitiva emancipación de Fernando frente a su hermano, sino sobre todo ante la división de la casa de Austria en dos líneas¹¹.

2. PROBLEMAS ENTRE LOS DOS HERMANOS: LA REFORMA PROTESTANTE

Los dos hermanos se vieron en los años siguientes a la expulsión de Fernando de vez en cuando personalmente, sobre todo en las Dietas imperiales, y mantuvieron una larga correspondencia¹². Esto no significa que no tenían problemas entre ellos, sobre todo en cuanto a la política con Francia y a la guerra casi permanente contra el Imperio Otomano. Vale mencionar que los otomanos sitiaron en 1529 la residencia de Fernando I en Viena y conquistaron gran parte del reino de Hungría hasta la mitad del siglo XVI. No vamos a hablar sobre estos temas, sino vamos a tratar aquí el problema más grave, que provocaba muchas discusiones entre los hermanos: la Reforma protestante¹³.

La Reforma tuvo sus comienzos en 1517, antes que Carlos V subiera al trono del Sacro Imperio. En dicho año, el arzobispo y príncipe elector Alberto de Maguncia recibiría una carta de un monje de Wittenberg, Martín Lutero – más tarde se diría que el monje expuso el contenido de la carta en forma de 95 tesis en la puerta de la iglesia de Wittenberg, aunque esto último no se puede asegurar claramente. En aquella carta el monje se quejaba del abuso que se estaba cometiendo con la venta de indulgencias. La gente piensa, afirmaba Lutero, que sólo con la compra de suficientes indulgencias podrán ahorrarse el purgatorio. Con toda seguridad que Lutero, en un principio, no pensó que

¹¹ Lo arriba dicho está explicado más amplio en Friedrich Edelmayer, “La vertiente austro-flamenca del Sacro Imperio entre Felipe el Hermoso y Carlos V (1486–1530)”, en: Ernest Belenguier Cebriá (dir.), *De la unión de coronas al Imperio de Carlos V. Congreso Internacional, Barcelona, 21–25 de febrero de 2000*, Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001, vol. II, pp. 223–237.

¹² Ya desde el año de 1912 (!!) están publicando la correspondencia de Fernando I con su familia. El volumen 5 –los anteriores no vamos a citar aquí– llega hasta 1536 y salió hace poco: Bernadette Hofinger - Harald Kufner - Christopher Laferl - Judith Moser-Kroiss - Nicola Tschugmell (eds.), *Die Korrespondenz Ferdinand I. Familienkorrespondenz, vol. 5: 1535 und 1536/The Correspondence of Ferdinand I. Family Correspondence, vol. 5: 1535 and 1536*, Viena – Colonia - Weimar: Böhlau, 2015.

¹³ Los párrafos que vienen resumen dos artículos míos anteriores: Friedrich Edelmayer, “«Cristianos buenos, cristianos malos». Carlos V, Fernando I y la Reforma”, en: Bernardo J. García García (dir.), *El Imperio de Carlos V. Procesos de agregación y conflictos*, Madrid: Fundación Carlos de Amberes, 2000, pp. 287–299; Friedrich Edelmayer, “El Sacro Imperio en la época de Carlos V. El problema de la Reforma protestante”, en: Juan Luis Castellano Castellano - Francisco Sánchez-Montes González (dirs.), *Carlos V. Europeísmo y universalidad. Congreso Internacional, Granada, mayo de 2000*, vol. III: Los escenarios del Imperio, Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001, pp. 169–176.

sus críticas a la Iglesia Católica serían el impulso inicial que finalmente desembocaría en la división de la misma. Más aún, no se puede dudar en lo más mínimo de su verdadera preocupación por la Iglesia. En su profunda religiosidad, Lutero creyó que las críticas llevarían a una reforma y no a una división de la Iglesia.

En octubre de 1520 Carlos V fue coronado Rey de Romanos en Aquisgrán, la antigua ciudad de las coronaciones del Sacro Imperio. Cuando el Papa le impuso a Lutero la excomunión, Carlos V, como cabeza secular de la Cristiandad, se habría visto obligado a capturar de inmediato a Lutero y a enviarlo a Roma. En esos momentos, sin embargo, Carlos todavía veía con cierto agrado las críticas que Lutero hacía a Roma, y además, resultaba claro que muchos de los príncipes imperiales simpatizaban con Lutero y sus escritos. Fue por ello que, durante los meses de invierno y primavera de 1521, se trató de negociar un compromiso con Lutero en el marco de la Dieta imperial de Worms. Al fracasar este intento, Carlos V promulgó el llamado “Edicto de Worms”, siendo Lutero y todos sus seguidores amenazados con fuertes sanciones legales, mientras que la lectura y divulgación de sus escritos quedaron prohibidas. Con ello los asuntos de fe quedaron para Carlos V momentáneamente solucionados, abandonando poco después el Sacro Imperio para ocuparse de la guerra contra Francia.

La partida de Carlos V fuera del Sacro Imperio ilustra claramente la problemática durante todo el tiempo de su gobierno. Sus múltiples obligaciones en sus diferentes reinos y dominios sólo le permitían lograr a medias la consecuente solución de un solo problema, por lo que no llama la atención que la Reforma protestante se expandiera en el Sacro Imperio sin muchos obstáculos. El hermano de Carlos, Fernando, en su calidad de gobernador en el Sacro Imperio, no pudo hacer realmente mucho por impedir la expansión de la Reforma protestante.

Esto quedó cada vez más claro en las Dietas imperiales. En ellas los príncipes imperiales protestantes empezaron a vincular con la tolerancia religiosa las exigencias de ayuda financiera de Carlos V o de su gobernador Fernando I para la defensa contra los otomanos –contra los turcos en la terminología cristiana– o para las guerras contra Francia. Esto quedó muy claro a partir de 1530. En 1529 Carlos había finalmente terminado la guerra con Francia con la firma de la paz de Cambrai. Las diferencias con el Papa también se zanjaron en este momento, siendo un indicio de ello la coronación de Carlos como emperador en Bologna en 1530. Tras la coronación Carlos se dirigió al Sacro Imperio para celebrar una Dieta imperial en Augsburgo. Según el Emperador, en esa Dieta no debían figurar como temas centrales las diferencias religiosas, sino los problemas en las fronteras del Sacro Imperio.

Por eso, en la Dieta imperial de Augsburgo debía –según el Emperador– deliberarse con los Estados imperiales sobre la ayuda para la lucha contra los otomanos. Los príncipes y ciudades imperiales luteranos sin embargo quisieron, antes de iniciar los tratamientos sobre asuntos económicos, ver resueltos los problemas religiosos. Al inicio de las negociaciones existía todavía la esperanza que se pudiera llegar a un compromiso entre los partidarios de Lutero y los de Roma. El Emperador, sin embargo, no pudo evitar las crecientes presiones por parte del Papa y de algunos príncipes católicos, sobre todo por parte del duque de Baviera. Debido a ello, Carlos V acabó abandonando su posición de árbitro en las disputas religiosas, colocándose finalmente al lado del Papa. Como acto seguido los Estados imperiales luteranos más importantes le entregaron la “Confessio Augustana”, un resumen de su dogma teológico, solicitando al mismo tiempo

un concilio general para buscar una solución al conflicto. Precisamente esto último fue rechazado por Roma, y el Emperador, estando abiertamente del lado católico, discutió por primera vez la posibilidad de una guerra contra los “herejes”.

Efectivamente, desde el punto de vista de la política interna, la situación en el Sacro Imperio se agudizó en este momento. En 1531, los príncipes protestantes y algunas ciudades imperiales, bajo la dirección de Sajonia y de Hesse, fundaron la Liga de Esmalcalda, organizándose militarmente en muy poco tiempo.

En octubre de 1532 Carlos V abandonó el Sacro Imperio, al cual regresaría ocho años más tarde, es decir en 1540. Su hermano Fernando I dirigió durante la ausencia del Emperador los asuntos imperiales. En esos años la Reforma protestante ganó todavía mas seguidores, con lo cual las negociaciones sobre un compromiso entre católicos y luteranos se hicieron cada vez más necesarias. En 1540, tras la vuelta de Carlos V al Sacro Imperio, y en 1541, se celebraron conversaciones sobre el problema religioso entre los católicos y los protestantes, primero en Haguenau, luego en Worms, y finalmente en la Dieta imperial de Ratisbona. No obstante, dichas conversaciones, que deberían haber solucionado los problemas entre católicos y protestantes, fracasaron. Cada vez iba quedando más claro que la única posibilidad de resolver los conflictos internos de la Iglesia sería a través de un concilio, el cual, sin embargo, tuvo que ser aplazado varias veces. En 1541 el Emperador llevó a cabo una campaña contra Argel, que fracasó, y en 1542, justo en el preciso momento en que el Papa convocaba el Concilio de Trento, estalló una nueva guerra contra Francia.

Lo enrevesado de la situación se puso en evidencia, por ejemplo, en la Dieta imperial de Nuremberg, en el año de 1543, la cual, ante la ausencia del Emperador, hubo de ser dirigida por el rey Fernando I. Una nueva arremetida de los otomanos amenazaba en aquel momento Hungría, y Fernando I necesitaba ayuda inmediata de los Estados imperiales. No obstante, los protestantes respondieron a la solicitud de ayuda contra los otomanos con una fuerte réplica: sin la previa solución de los problemas religiosos, no se deliberará de ninguna manera acerca de la ayuda financiera. Esto provocó que la Dieta se disolviera de inmediato y que no se llegara a ningún resultado. La ayuda para combatir a los otomanos fue votada únicamente por los príncipes católicos, mientras que los protestantes se negaron a reconocer las resoluciones de la Dieta¹⁴. De manera semejante transcurrió la Dieta imperial de Espira del año 1544.

Cuando Carlos V consiguió finalmente derrotar al duque de Cléveris en 1543 y en 1544 al rey de Francia, quedó claro que el Emperador tal vez también intentaría solucionar el problema religioso mediante las armas. La decisión del Emperador de declarar la guerra a los “herejes” se demoró sin embargo hasta que la Dieta imperial se reunió en 1546 en Ratisbona¹⁵. La guerra estalló en el verano de 1546 y terminó en abril de 1547 con la batalla de Mühlberg y la derrota de la Liga de Esmalcalda, con lo que Carlos alcanzaría el cenit del poder. El cuadro del maestro Tiziano con el Emperador triunfante en el campo de batalla de Mühlberg muestra este poder de manera impresionante.

¹⁴ Silvia Schweinzer-Burian en colaboración con Friedrich Edelmayer (eds.), *Deutsche Reichstagsakten unter Kaiser Karl V.*, vol. 14: *Der Reichstag zu Nürnberg 1543*, Berlin-Boston: De Gruyter Oldenburg, 2021.

¹⁵ Cf. Friedrich Edelmayer, “El camino hacia la Guerra de Esmalcalda (1546–1547)”, en: *Desperta Ferro. Revista de Historia Militar y Política*. Serie Historia Moderna, vol. 14: *Carlos V y la Liga de Esmalcalda*, Madrid, 2015, pp. 11–17.

No obstante, Carlos no logró resolver en su favor el problema del protestantismo. La culpa de ello se debió seguramente al enturbiamiento de la relación entre Carlos V y el Papa como consecuencia del traslado del Concilio de Trento a Bologna, lo cual ponía en entredicho la promesa que el Emperador había hecho a los protestantes de realizar el Concilio en territorio imperial. En 1547 se ofreció la posibilidad no sólo de dar solución al problema religioso sino también de reordenar todo el sistema del Sacro Imperio. Carlos V fracasó en esta misión – no inmediatamente después de la guerra contra la Liga de Esmalcalda, sino lentamente a lo largo de los siguientes años.

La búsqueda de una solución al problema de la sucesión en el Sacro Imperio se convirtió en la preocupación central de la política imperial. Desde la época de Alberto II, es decir, desde el año de 1438, los Austrias siempre habían conseguido presentar a los príncipes electores un candidato propio para la elección del Rey de Romanos. Pero el derecho de elección de los príncipes electores nunca había sido discutido, siendo por tanto el Sacro Imperio una monarquía electiva y no hereditaria. En este contexto, estaba también claro que el Rey de Romanos correspondiente podía en su momento, tras la muerte de su predecesor, convertirse en emperador. Fue este punto precisamente lo que dificultó en 1531 la decisión de Carlos V de proponer a los príncipes electores a su hermano Fernando I para la elección. Estaba claro que, en caso de que Carlos V muriera, Fernando asumiría la sucesión en el Sacro Imperio, y era de prever que Fernando I, en el futuro, propondría como candidato para la elección del Rey de Romanos a su propio hijo Maximiliano (II) y no al de Carlos V, Felipe (II). Con ello, se quebraría nuevamente la cohesión entre los reinos de la Monarquía Católica y el Sacro Imperio, de modo que el sueño de Carlos de una monarquía universal cristiana habría fracasado.

Este es el marco general dentro del cual se deben considerar los siguientes hechos, los mismos que no sólo llevaron a un desacuerdo fundamental entre Carlos V y Fernando I, sino también a la toma de importantes decisiones que repercutirían en el terreno de los conflictos religiosos¹⁶. Desde julio de 1550, en el marco de la Dieta imperial de Augsburgo, Carlos V y Fernando I realizaron negociaciones sobre la sucesión en el Sacro Imperio, incluyéndose en ellas, en el invierno de 1550 y 1551, a Felipe (II) y a Maximiliano (II). Cuando en marzo de 1551 dichas negociaciones finalmente se cerraron con los llamados tratados familiares de Augsburgo, parecía que Carlos V se había impuesto frente a su familia austriaca, ya que Fernando I se obligó a gestionar ante los príncipes electores la elección de Felipe (II) como Rey de Romanos tras la muerte de Carlos V. Tras la muerte de Fernando, Maximiliano (II) podría ser elegido Rey de Romanos, mientras que Felipe (II) sería nombrado emperador.

Los tratados familiares afectaron, pues, no sólo las relaciones personales entre ambas ramas de la casa de Austria, sino que además pronto mostraron sus consecuencias en la vida política del Sacro Imperio, donde nuevamente surgió cierta resistencia contra el Emperador. La oposición hacia Carlos V, tal como se presentó a principios de 1552, tuvo diferentes componentes. No sólo fueron príncipes imperiales protestantes (los llamados “príncipes de la guerra”), bajo la dirección del elector Mauricio de Sajonia, un aliado de Carlos V durante la guerra contra la Liga de Esmalcalda, los que se declararon

¹⁶ Para los siguientes párrafos cf. además Friedrich Edelmayer, “Carlos V y Fernando I. La quiebra de la monarquía universal”, en: José Martínez Millán (dir.), *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530 – 1558)*. Congreso Internacional, Madrid, 3–6 de julio de 2000, Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001, vol. I, pp. 151–161.

en contra del Emperador, sino que también el rey de Francia, Enrique II, se convirtió en un peligroso enemigo de la idea de una monarquía universal de Carlos. En el Sacro Imperio, la oposición contra la “sucesión española” se vinculó con una nueva reiteración de exigencias religiosas por parte de los protestantes.

Fernando I asumió de forma relativamente rápida un papel dominante en este nuevo conflicto al ofrecerle el príncipe Mauricio de Sajonia el establecimiento de nuevas negociaciones. Los motivos de dicho ofrecimiento no quedan del todo claros, pero deben relacionarse principalmente con el éxito obtenido por el rey de Francia al propiciar un ataque otomano sobre Hungría. Sin duda, no era descartable una rebelión de los príncipes imperiales protestantes contra el Emperador, pero la amenaza de los otomanos sobre el Sacro Imperio disminuyó visiblemente la solidaridad de aquellos príncipes con Francia.

Fernando I y Mauricio de Sajonia se reunieron por primera vez en abril de 1552 en Linz (Alta Austria), con lo cual la alianza contra los Austrias entre Francia y los príncipes protestantes fracasó. En ese encuentro se acordó continuar las negociaciones en junio de 1552 en Passau. Con las negociaciones de Linz Fernando I mejoró claramente su posición de mediador entre el Emperador y los príncipes protestantes rebeldes. Fernando I vio ampliados su poder y su prestigio cuando en mayo de 1552 Carlos V tuvo que huir de Innsbruck, en el Tirol, a Villach en Carintia ante el acercamiento del ejército protestante. La pérdida de poder por parte del Emperador fue manifiesta, quedando claramente consolidada la posición de Fernando I como mediador en las futuras negociaciones.

Esto último se puso en evidencia al iniciarse las negociaciones en Passau en junio de 1552: de un lado, dos representantes imperiales, y del otro, el príncipe elector Mauricio de Sajonia como representante de los príncipes sublevados. Entre uno y otro grupo, había un tercero compuesto por príncipes imperiales a los que se podría catalogar “de confesión neutral”, es decir, que no eran ni católicos ni protestantes, pese a que desde 1548 habían mostrado claras simpatías por el protestantismo después de haber sido más bien favorables al Emperador. Fernando I, sin embargo, y esto diferenció su posición de la de Carlos V, no se adhirió a ningún grupo, sino que se presentó como mediador neutral por encima de los partidos.

En estas circunstancias, y con la hábil mediación del rey Fernando I, se obtuvo por primera vez un éxito en las negociaciones con los príncipes protestantes; un éxito que había sido inútilmente buscado desde 1530 y que tampoco había conseguido el Emperador tras su victoria militar sobre la Liga de Esmalcalda. Los protestantes renunciaron a querer obtener una unidad religiosa luterana en el Sacro Imperio. Los católicos, por su parte, declararon igualmente no querer seguir buscando la unidad religiosa bajo la fe católica y romana. Si bien no se renunció por completo a seguir buscando una concordia entre ambas confesiones, se acordó que ambas facciones se mantendrían en paz hasta una próxima Dieta imperial en que se tratase el problema de los credos. Este punto del acuerdo significó un verdadero progreso, junto con la renuncia al uso de la fuerza como medio para imponer las opiniones religiosas.

Con ello se garantizó a los partidarios de la Confesión de Augsburgo seguridad jurídica por tiempo ilimitado en el marco del sistema del Sacro Imperio, siendo precisamente a esto a lo que Carlos V, que esperaba en Villach los resultados de las negociaciones, se oponía. El Emperador argumentaba que una seguridad jurídica ilimitada para los “herejes” contradecía su juramento de coronación en Aquisgrán, declarando en ese

momento por primera vez que prefería renunciar a su dignidad imperial que a la lucha contra los “herejes”.

El tratado de Passau habría fracasado si Fernando I no hubiera empleado todas sus fuerzas para seguir mediando entre los protestantes y el Emperador. Carlos V logró imponerse de nuevo, ya que finalmente los protestantes estuvieron de acuerdo en que la paz entre las confesiones se mantuviera sólo hasta la siguiente Dieta imperial. Para entonces, Fernando I había dejado claro que él, a diferencia de su hermano, sí podría desde todo punto de vista vivir con una paz religiosa perpetua. Este objetivo, el logro de una paz religiosa perpetua entre las confesiones como principio garante del orden en el Sacro Imperio, se convertiría en la máxima política de Fernando I en los siguientes años. Con esta postura, Fernando I se ofreció de inmediato como futuro mediador entre las confesiones. Su hermano Carlos V, por el contrario, perdió terreno político al negarse a aceptar una paz religiosa de aquel tipo.

Por esto mismo, no es de extrañar que a partir del tratado de Passau fuera Fernando I la persona con la que se trataban las cuestiones religiosas en el Sacro Imperio, y no con su hermano Carlos V, quien en el otoño de 1552 se retiró a Bruselas tras el inútil sitio de Metz. Todos sus intentos para continuar influyendo activamente en los asuntos religiosos del Sacro Imperio fracasaron. Carlos V, con su comportamiento intransigente, se corrompió a sí mismo, mientras que la posición mediadora de Fernando I resultó indiscutible.

Esto se puso en evidencia en 1555, durante las negociaciones llevadas a cabo en la Dieta imperial de Augsburgo. En ese momento, la casa de Austria se encontraba sin duda en una situación peligrosa debido a los cambios producidos en el clima político general: en Roma, Paulo IV, claramente pro-francés, había sido elegido papa; la conferencia de paz de Marcq, cerca de Calais, había fracasado, lo mismo que los planes para incorporar a Inglaterra en una alianza católica y anti-francesa, ya que no había habido hijos del matrimonio entre Felipe II y María Estuardo. Esta situación llevó a pensar que finalmente sería posible concluir la paz religiosa entre luteranos y católicos. En septiembre de 1555 Fernando I logró la “paz perpetua” –la llamada “Paz Religiosa de Augsburgo”– entre los católicos y los luteranos. De allí en adelante, la religión de los súbditos sería establecida por el príncipe territorial, y el súbdito que no quisiera adherirse a la religión de su príncipe debía tener derecho a emigrar.

Carlos V no quería tener nada que ver con la paz establecida con los luteranos, por lo que poco antes de que la Dieta se disolviera escribió a su hermano desde Bruselas comunicándole su voluntad de renunciar a la dignidad imperial. Carlos V ponía como excusas para ello su edad y sus enfermedades, pero sobre todo sus “escrúpulos de la religión”. En realidad él quería que los príncipes electores aceptaran su abdicación durante aquella Dieta imperial, de modo que el documento final, en el que estaba incluida la paz religiosa, ya no llevara su nombre. Fernando I, no obstante, lo impidió, dando lectura a la paz religiosa en nombre del Emperador. En nombre de Carlos V se publicó, pues, un tratado de paz y un compromiso religioso en contra del cual realmente había luchado durante todo su reinado.

*

En un principio tanto Carlos V como Fernando I se habían mostrado favorables a la crítica contra la Iglesia Romana. Sin embargo, mientras Carlos V empezó a considerar

a los luteranos cada vez más como factores perturbadores en sus planes para construir una “Monarquía universal”, combatiéndolos con las armas tras algunos intentos de conciliación, Fernando I tomó otro camino. A pesar de que en su religiosidad personal nunca se separó lo más mínimo de las doctrinas de la Iglesia Romana, Fernando I comenzó a entender visiblemente mejor el problema religioso en el Sacro Imperio, mostrándose en el campo de la política religiosa cada vez más dispuesto a establecer compromisos. Carlos V, por el contrario, se volvió cada vez más intransigente en estas cuestiones, lo cual contribuyó sensiblemente a su renuncia como emperador.

Paradójicamente, mientras la Inquisición buscaba indicios de luteranismo en el pensamiento de Carlos V tras su fallecimiento en Yuste, Fernando I moría en 1564 como fiel católico. Uno podría describir esto como una doble ironía: aquel señor, Carlos V, que rechazó la Paz Religiosa de Augsburgo y que luchó contra los “herejes”, murió bajo sospecha de herejía, mientras que aquel otro señor, Fernando I, con cuya guía se estableció legalmente el luteranismo, nunca estuvo bajo tal sospecha.